

“Hay excluidos en el Norte que forman parte del Sur”

Javier Abad
Presidente de
la Coordinadora
de ONGD

La Coordinadora de ONGD cumple 25 años de trayectoria con un nuevo presidente al frente: el médico Javier Abad, recién jubilado y miembro de Mugarik Gabe, que retoma un cargo que ya ostentó entre 2004 y 2008

AINHOA PIUDO Pamplona

El cuarto de siglo de la Coordinadora de ONGD de Navarra se le queda corto a Javier Abad (Pamplona, 1957). Él fue uno de los impulsores de la creación de esta plataforma de entidades en 1998, vocal de la junta desde el inicio, y presidente entre 2004 y 2008, pero andaba ya antes metido en esto de la cooperación al desarrollo. Es uno de los históricos del *mundillo* en esta comunidad. Cuenta que el tiempo que vivió en Bruselas, donde estudió la especialidad de Medicina Preventiva y Salud Pública, le abrió horizontes en una época en la que en España ni si quiera existía un tercer sector organizado. Al volver y junto a otros colegas de profesión, buscaron de qué manera podían comprometerse. Lejos del cliché de médico cooperante, no ha pisado nunca un país de esos que llamamos en desarrollo. Le preocupa el declive del asociacionismo y cree que uno de los grandes retos de las organizaciones es “alimentar su base social”. “Porque para transformar el mundo necesitamos un movimiento organizado”, insiste.

Repite como presidente.

Sí, por compromiso y por disponibilidad. Me he jubilado hace 10 meses y es verdad que esto te quita tiempo. También que ahora es más complicado encontrar a quien quiera estar en la junta. Por eso establecimos hace un tiempo un turno obligatorio para todas las ONG que pertenecemos a la coordinadora.

Que cumple 25 años.

En realidad hubo una preconstitución anterior. Veníamos de una tradición de mucho movimiento asociativo, pero no todas lo veíamos igual. En un momento dado, varias organizaciones, entre ellas Mugarik Gabe, a la que pertenezco, decidimos juntarnos. Después ya se dio el paso de constituirnos formalmente. Fue complicado porque teníamos y tenemos diferentes fórmulas organizativas: asociaciones, fundaciones, organizaciones religiosas.

¿Qué les impulsó a unirse?

Queríamos demostrar que una coordinadora era un espacio necesario y útil. Tanto como refuerzo para las propias organizaciones [suma 47 en la actualidad], como para demostrar que éramos interlocutores desde el punto de vista institucional. Eso costó su tiempo, pero creo que ya está asentado. Las ONG tienen claro que la coordinadora les aporta tener una voz.

Será difícil construir un único mensaje.

Sí, pero desde el principio estuvo claro que había que representar a organizaciones con visiones, intereses y naturalezas distin-



Javier Abad Vicente, en el patio del Museo Medioambiental en el barrio de San Pedro, muy cerca de la sede de la Coordinadora. JESÚS CASO

tas. Desde las muy potentes hasta las locales y muy pequeñas. Hasta de monjas.

¿Un panorama tan atomizado no es perjudicial para sus propios intereses? ¿No sería positivo un cierto proceso de unificación?

Este es un tema que ha estado siempre muy latente. A mí, la experiencia me ha llevado a que me parezca bonito e interesante que exista diversidad. Las grandes organizaciones tienen mucho más poder de lobby, por decirlo así. Pero en el nivel del trabajo local, de la cercanía, de la familiaridad, eso no te lo aportan. La organización a la que yo pertenezco, por ejemplo, tiene 350 socios. Aunque también existe en Euskadi, tenemos un funcionamiento independiente. No es que seamos pequeños, pero tampoco tenemos otras delegaciones ni nada por el estilo. Creo que lo mejor es el equilibrio. Igual que me parece interesante que lo haya entre voluntariado y personal profesional.

¿Por qué?

Porque si se va perdiendo el voluntariado, las oficinas pueden acabar teniendo el sentido de vivir para ellas mismas, de volverse demasiado técnicas. En la crisis de 2008, cuando el recorte de fondos fue brutal, hizo desaparecer organizaciones, pero sobrevivieron mejor aquellas con un voluntariado más fuerte.

Clima social y crisis

¿Qué diferencias en cuanto a clima social aprecia ahora respecto hace 25 años?

Aquel era un contexto social y político de boom de la solidaridad, de la edad de oro en cuanto a respaldo social. Estamos hablando de los años 80 y 90, de la Transición, de los comités internacionalistas, de los movimientos sociales de Centroamérica, de la reivindicación del 0,7, que tuvo mucho impacto. Ahora se habla de voluntariado, pero entonces se hablaba de militancia. Era casi una implicación ideológica que se canalizaba a través de la cooperación al desarrollo. Ese era el magma que había de fondo, a veces para diferenciarse de la tradición más asistencialista, muy caritativa, especialmente en algunas organizaciones con un componente religioso importante. Mucha de lo que hoy llamamos cooperación venía del mundo de los misioneros.

¿Cómo fue evolucionando?

Las organizaciones, poco a poco, se fueron estructurándose, profesionalizándose. También ese componente asistencialista se va perdiendo. Se va incorporando el término de contraparte, de socio local: se trata de que ellos definan qué necesitan, qué quieren hacer, y que nosotros intervengamos lo menos posible.

Las organizaciones apenas tienen ya personal expatriado.

Claro. Es una cuestión de principios: si puedes encontrar sobre terreno las mismas capacidades y los mismos conocimientos, ¿qué sentido tiene? Eso ha cambiado mucho. En la época de oro nos costaba canalizar a toda esa gente que venía diciendo que querían trabajar en cooperación, pero marchándose a no sé dónde. Nosotros ofrecíamos siempre trabajar aquí, conocer contrapartes, gestionar proyectos, pero desde aquí. Yo llevo desde los 80 en esto y no he estado nunca en ningún país.

¿No le parece que sea su papel o no se la ha presentado la oportunidad?

Por principio. No he visto que pudiera aportar algo.

¿Ha ido perdiendo, con el paso del tiempo, ese respaldo social que tenía la cooperación al desarrollo en su época dorada?

A partir de los años 2000 van perdiendo fuerza los movimientos sociales, globalmente. Se van difuminando, o a lo mejor se van canalizando a través de lo político, o de los sindicatos. También se producen algunas crisis

DNI

Javier Abad Vicente nació en Pamplona el 19 de julio de 1957. Comenzó Medicina en la Universidad de Navarra, aunque la terminó en Zaragoza. Se especializó en Medicina Preventiva y Salud Pública en la Universidad Libre de Bruselas, una ciudad en la que pudo conocer "un tercer sector muy potente". Ha trabajado en el Instituto de Salud Pública, en Atención Primaria, en el área clínica de corazón del HUN, en un servicio de planificación, en Salud Laboral, etc. "He tenido la suerte de tener diferentes perspectivas de mi profesión", valora. Se jubiló en octubre de 2022. Casado y sin hijos, comenzó su implicación en el ámbito social en la organización Acsur-Las Segovias. Desde finales de los 80 pertenece a Mugarik Gabe (350 socios en Navarra), una organización que centra su labor en Centroamérica y trabaja, sobre todo, en temas de derechos humanos, feminismo y soberanía alimentaria.

¿Hablamos de malas prácticas por parte de algunas organizaciones?

Sí, de malas prácticas, de casos oscuros. Y todo eso redundaba en contra de la visión idílica de las ONG que hubo en un momento.

¿Y cómo se recupera la reputación?

La conclusión clara es que hay que ir dotándose de instrumentos que nos den una garantía de fiabilidad de cara a las instituciones y de cara a la sociedad. Se establecen reglamentos y códigos éticos, con un nivel de transparencia que yo diría que pocas organizaciones tienen. Y todo eso es muy positivo. Ahora bien, a nivel social creo que estamos en un momento de crisis importante que supone todo un reto.

¿En qué sentido?

La cooperación al desarrollo viene de la teo-

ría del despegue del avión: necesitamos fondos para ayudar a algunos países a despegar, para que alcancen un nivel de desarrollo como el de los países desarrollados. Hubo años en que las transferencias de fondos, y no sólo en cooperación, fueron muy importantes, pero no se han ido corrigiendo las desigualdades estructurales. La sensación es que lo que puedes hacer es muy limitado y que no parece posible que todos podamos llegar a lo mismo.

¿Entonces?

Nuestro modelo energético, económico y de explotación de recursos no es muy sostenible, así que no parece muy lógico estrapolarlo a países en desarrollo, porque es un modelo en crisis. A lo mejor es que hay optar por un menor crecimiento. Es cierto que, globalmente, el mundo ha mejorado, pero nos enfrentamos con retos globales de los que la cooperación no puede permanecer al margen. Hablo de la emergencia climática, de la vulneración de derechos humanos, de las diferencias de género. No podemos obviar todo eso, tenemos que ser transversales, trabajar en red con otros sectores y no olvidar que buscamos una transformación social global, pero que empieza aquí. Si tenemos modelos de importación de alimentos que van expulsando a productoras locales, hay que posicionarse. Eso también es cooperación para el desarrollo. Otra cuestión importante es que ya no está tan definido el Norte y el Sur.

¿Cómo es eso?

Lo último que hemos incorporado es hablar de Norte global y Sur global. Quiere decir que hay excluidos en el Norte que forman parte del Sur; y que en el Sur hay élites que son más parecidas al Norte. No está tan definido. En nuestros propios países nos encontramos con situaciones de desigual-

ENTREVISTA DE

do-
min-
go

dad y pobreza, sobre todo a partir de la crisis de 2008, que excluyó a poblaciones enteras y que aun no se han recuperado, porque después además vino la pandemia.

En épocas de crisis, ¿no se repliega más la ciudadanía y se vuelve más insensible a mensajes globales?

Claro. Es uno de los riesgos de hacer batallas parciales. Cuando hay una restricción de los fondos, te lo plantean así: ¿os damos a vosotros o damos para renta social? Te contraponen. Y claro, primero nosotros y luego ellos. Se tiene que imponer una visión más global que evite esta dicotomía. Lo que se está demostrando es que, o vamos todas las personas, o esto no tiene salida.

La Coordinadora organizó un debate electoral sobre cooperación al desarrollo en el que la aspiración del 0,7 suscitó consenso, pero no así la cuestión de la migración.

Hoy por hoy no tenemos un problema grave de inmigración. Y si miramos nuestras tasas de natalidad, la única manera de sostenernos es recurrir a la inmigración. Dicho esto, entiendo que es un tema importante y complicado, porque puede llevar a mover mucho bajo sentimiento. Las diferencias culturales, ese sentimiento de que vienen a quitarme el trabajo. Va a ser difícil quitarle pasión. ¿Estaría bien que hubiera menos inmigración? Puede ser. Pero, o se resuelven estructuralmente los problemas a nivel mundial, o es imposible pararla. Cuando hay desigualdad y pobreza, la gente se busca la vida de formas legales, ilegales, semilegales o como sea.

En el Congreso hay pendiente de debate una Iniciativa Legislativa Popular que pide la regularización de medio millón de personas inmigrantes. ¿Qué le parece?

Todo lo que tenga que ver con regular me parece positivo porque lo contrario supone marginar, dejar fuera de recursos y aumentar la pobreza de las personas. Eso no quita para que sea consciente de que todo esto nos va a generar conflictos.

¿Están contentos con la recuperación paulatina de los fondos para cooperación o va más despacio de lo que les gustaría?

Va más despacio. Yo casi te diría que todo lo social, incluyo lo sanitario y lo educativo, va siempre despacio. Hay que hacer un esfuerzo, también para transmitir a la sociedad que son pilares importantes de una sociedad democrática y solidaria. Al menos se debería recuperar el 0,7 del presupuesto. Y además de los fondos, que son importantes, también lo es hacer políticas coherentes.

Desde el Gobierno a veces se quejan de que están demasiado focalizados en sí es una décima arriba o abajo, pero que hay que valorar también la calidad de la cooperación. ¿De eso cómo estamos?

¿Cómo la mides? ¿Estamos consiguiendo realmente una transformación global? Pues a lo mejor una muy pequeña. Pero quizá sí estamos consiguiendo transformaciones locales empoderando grupos de mujeres o comunidades. Luego hay otra cuestión, y es que luce mucho más levantar una escuela y comprar un Land Rover que proyectos que tienen que ver con formación o derechos humanos. Eso luce menos.

¿El III Plan Director de Cooperación es una herramienta útil para marcar el rumbo?

Sí, aunque lo que me parece siempre más útil de estos planes estratégicos es la fase de discusión previa, porque son momentos para pararse y reflexionar. Luego, en general, todos se incumplen porque suelen ser muy ambiciosos. Una ventaja que tenemos con Derechos Sociales es la estabilidad. Las personas que dirigen la cooperación al desarrollo, como Andrés Carbonero, llevan allí toda la vida.

“La Atención Primaria es la base del sistema sanitario y hay que refundarla”

A.P. Pamplona

Se acaba de jubilar. ¿Cómo ha sido su trayectoria profesional?

Sí, he sido médico de Salud Pública en distintos sitios. El último, en Salud Laboral. He trabajado siempre en la administración y la gestión sanitaria, y me ha encantado mi trabajo. Soy un firme defensor del sistema público de salud, que es el que garantiza la equidad social.

No pasa por sus mejores momentos...

Es otra de las cosas que me duele y por la que peleo. Hay que luchar por un sistema público bien financiado y bien gestionado. Me parece fundamental una Atención Primaria fuerte, porque es la base y el núcleo del sistema.

¿Por qué se ha deteriora-

do tanto en los últimos años?

En realidad, es un deterioro progresivo. Es algo larvado que, cuando llegamos mal dadas o llega la pandemia, se lleva un golpe más y se hace más visible. Uno puede creer que ya está todo hecho, que ya funciona, sino que hay que alimentar el sistema periódicamente. Para empezar, estimulando a los y las profesionales. Hay que cubrir ciertas áreas, como la rural, que tiene problemas importantes porque a lo mejor no la hemos puesto lo suficiente en valor. En lo urbano hay problemas de masificación. Hay que ampliar los perfiles de los profesionales y reforzar el papel de enfermería. El envejecimiento de la población obliga a dar a la enfermería y la atención a domi-

cilio un papel nuclear. Y también hay que reforzar al personal administrativo, que me parece clave. Y ser más transversales para abordar temas como el ejercicio físico o la soledad, por ejemplo.

¿Es lógico que estén haciendo el cribado telefónico?

Lo podrían hacer, pero si los declaramos como personal sanitario. Hay una profesión que es la administrativo-sanitaria, y podrían hacer ese papel, igual que otros como el seguimiento de las bajas laborales, por ejemplo. Se pueden hacer muchas cosas.

¿Hay que replantear toda la estructura sanitaria o los cimientos son válidos?

Yo hablo de una refundación, porque las bases y los principios están ahí.